

Lo que sea de cada quien

La página en blanco de Luis Moreno

Vicente Leñero

—Habla Luis Moreno, ¿te acuerdas de mí?

Debería acordarme pero no lograba ubicar su figura, la expresión de su gesto... Ah sí, lo había visto alguna vez en el café de Televisión con Fernando Wagner y Julio Alejandro, sonriente... Ah sí —me enteré después—, había ganado en 1958 el Juan Ruiz de Alarcón con *Los sueños encendidos*, su primera obra teatral. De la dramaturgia saltó a la televisión y trabajaba entonces en *La novela semanal* de Luis de Llano.

—Necesito hablar contigo. Me urge verte.

—¿Puede ser la semana próxima?

—Tiene que ser hoy mismo, es urgentísimo.

Nos citamos por la tarde en el café La Habana. Lo vi avanzar a mi mesa con el rostro desencajado, los cabellos como púas, ojeras de este tamaño. De inmediato me contó el apuro que le hacía tropezar las palabras a causa de la angustia.

Resulta que Ernesto Alonso le había encargado, por fin, escribir una telenovela para el horario estelar. Se llamaba *La vecindad*, algo así como *Los signos del zodiaco* con multitud de personajes: Emily Cranz, Sergio Jiménez, el debut en televisión de Enrique Álvarez Félix... Luis ya había planeado todo: sinopsis, desarrollo de los primeros episodios, carácter de los personajes, acontecimientos al por mayor. Llevaba escritos apenas los tres capítulos iniciales, solo que Ernesto Alonso adelantó las grabaciones por compromisos ineludibles de Quique. Iban a empezar este lunes —tres días después de nuestro encuentro— y necesitaba entregarle el domingo cuatro capítulos por lo menos, del cuatro al siete.

—Tienes que trabajar al vapor —le dije—, qué barbaridad.

—El problema es que me atasqué —explicó sorbiendo la nariz—. Estoy atorado, no puedo escribir una línea, ni dormir. Llevo una semana frente a la página en blanco, no te imaginas lo que es eso, me estoy muriendo, ayúdame.

—No puedo, Luis. Tengo la adaptación de *Crimen y castigo* para Luis de Llano. También voy atrasado.

—¡Ayúdame! —gritó. Y se empezó a morder las uñas.

—¿Cuatro capítulos en un día y medio? Estás loco.

—Te pago lo que me paguen, íntegro. De aquí al final de la novela. Es tuya.

—¿Quieres que me convierta en tu escritor fantasma?

—Sin que Ernesto Alonso lo sepa, por favor. Por favor. Yo no puedo. Aquí está todo el proyecto, es un revoltijo pero aquí está. No dejes que me hunda, ya van a empezar a grabar.

Sentí, de pronto, una inmensa compasión por el angustiado Luis Moreno. Me puse en su lugar, frente a la página en blanco. Qué horror. Me fui del café La Habana y en un día y medio, sin dormir, hice lo que nunca podría volver a hacer. Empaparme de la historia y escribir, escribir...

El primer lunes de grabación, inquietísimo, me asomé al estudio C para atisbar el ambiente, la escenografía de mi trampa. Vi a Ernesto Alonso desesperado porque la grabación estaba detenida, no por culpa de Luis Moreno sino porque Quique Álvarez Félix se negaba a actuar hasta que la Doña le hablara desde París para animarlo en su debut. Por fin le telefoneó —“no te preocupes mhijito” — y arrancó la telenovela.

Sin delatar mi condición de fantasma continué escribiendo a la desesperada y asomándome por las mañanas al estudio.

Un día, en la cabina, Ernesto me confió su enojo:

—Mira lo que hizo el imbécil de Luis Moreno (en realidad yo era el responsable) escribió una escena en la que el pobre Quique molía a trancazos al fortachón de Sergio Jiménez, ¿tú vas a creer?

—¿Y cómo salió?

—No salió, la cambié por un pleito simplemente verbal. Está loco Luis Moreno.

Tragué camote y volví a mi casa a seguir con *La vecindad* alternando los capítulos con mis capítulos de *Crimen y castigo* para Luis de Llano que también me regañaba por las entregas tardías y apremiado a la vez por el director Fernando Wagner, en el estudio Q, que no entendía por qué iba tan lento: ¿Qué te pasa?, Dostoievski es muy fácil.

Luis Moreno me pagaba puntual, tan pronto le pagaban a él, mientras transmitía los cambios en la historia que le iba sugiriendo Ernesto Alonso para fortalecer el personaje de Quique, para que Emily Cranz adquiriera más importancia, para que Carlos Manzano... Así.

Así terminé por fin los sesenta capítulos de la maldita vecindad.

Luis Moreno me lo agradeció sonriendo en vivo cuando me llevó a la casa dos regalos: un precioso óleo de San Antonio pintado sobre lámina, como un retablo, y una campanita de bronce coronada por la figura de un Napoleón de pie.

Ahora, siempre que me enfrento a la página en blanco, siempre que sufro la angustiosa sequedad del escritor, pienso en aquel Luis Moreno del café La Habana, paralizado, tembloroso, sufriente. Eso nos puede suceder a cualquiera.

No he vuelto a saber de él. Dicen que se fue a vivir a El Oro. Si no está muerto, debe ser un viejo como yo. **u**